

Juliana Hermil

## Meditaciones Breves

### I



**M**UCHAS gentes sonríen de que haya quienes predigan—en esta época de gases asfixiantes y de recelos internacionales—el próximo advenimiento de una república del mundo. Les parece obra de ilusos la de suponer que en algún futuro cercano los imperios, las democracias y las tiranías actuales vayan a deponer parte de su orgullo soberano para asociarse en una confederación universal. Y sin embargo, hacia allá vamos seguramente.

¿Indicios? Apuntaremos sólo unos cuantos, a guisa de invitación al pensamiento.

El mundo se está contrayendo. Es paradoja afirmar-lo desde el punto de vista del espacio; pero no lo es si recordamos que el hombre ha calculado siempre las distancias por el tiempo que tarda en recorrerlas, y medida de este modo, la tierra ha encogido vertiginosamente.

Cuando el hombre se llamaba Marco Polo, transitó

desde Venecia al Catay en cuatro largos años, al paso lento de las cabalgaduras o al compás caprichoso de las calmas y de los vientos. Más tarde, regimos las distancias por la marcha trepidante de un expreso; ayer, por la carrera desenfrenada de un automóvil; hoy, por la fantástica velocidad del aeroplano. La travesía del Atlántico sobre un barco nos hacía suspirar cada mañana y cada tarde, durante doce o más días, por divisar la curva redondeada de una colina en las irisadas nieblas del horizonte, y hoy Ferrarin ha saltado desde Roma a la punta oriental de la América en 50 horas y 14 minutos!

Este año de 1928 está aprisionando la tierra en una tela futurista en que los aviones han hecho de lanzaderas.

Y cuando el vuelo de un país, de un océano, de un hemisferio a otro sea tan seguro como el pasear hoy sobre los cojines de un Packard, ¡de qué poca cosa van a servir aquellas líneas imaginarias con que los recelos humanos han dividido las fronteras y cuán ineficaces resultarán esos mastines de las aduanas y de los pasaportes!

La Liga de las Naciones, que acunan los cisnes del lago ginebrino, da la impresión de una creatura nacida antes de tiempo y resguardada en una urna para que no muera de frío. Es una pobre expresión burocrática de una fuerza viviente e irresistible. Sólo que la república mundial no la van a hacer los hombres que dirigen los ejecutivos y los parlamentos.

¿Quereis otros indicios? En el mes de Junio de este año, con muy breves días de diferencia, publicaron los

diarios las nuevas de que un agente noticioso habló desde Buenos Aires con Berlín y de que los presidentes de las tres repúblicas australes de la América habían inaugurado un servicio de teléfono entre sus capitales. Hay muchas más probabilidades de que los hombres se entiendan cuando hablan personalmente que cuando utilizan los servicios de terceros, aunque ellos sean tan hábiles como algunos diplomáticos.

Argüireis que esos son casos aislados. No tanto. Una va de visita a una casa y a poco charlar, la señora os dice entusiasmada: «Anoche escuchamos por radio a Nueva York». Sí, a Nueva York, como si se tratara de escuchar lo que canta el vecino, pared por medio. Y no tardará el momento en que conversemos con Tokio, con Melbourne y con Oslo, y este mundo que nos pareció tan vasto, tan separador, tan inasible por los cortos sentidos humanos, le miraremos como una pequeña vivienda donde, como en las casas modernas, todos nos topamos los codos. Nos va a faltar espacio para estar solos, y cuando queramos entrar en nuestra soledad, tendremos que irnos a las estrellas...

Crean los hombres artefactos con que disminuir las distancias. Es un paso. El otro ha de ser el de aminorar recelos, y prejuicios, y orgullo. Necesita el primero de toda la parafernalia complicada de la ciencia; el segundo nada más, nada más que de la buena voluntad individual...